

Apocalipsis 7:9-17

Apocalipsis 7:9-17 Pascua 4, 2001

⁹Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; ¹⁰y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero. ¹¹Y todos los ángeles estaban en pie alrededor del trono, y de los ancianos y de los cuatro seres vivientes; y se postraron sobre sus rostros delante del trono, y adoraron a Dios, ¹²diciendo: Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén. ¹³Entonces uno de los ancianos habló, diciéndome: Estos que están vestidos de ropas blancas, ¿quiénes son, y de dónde han venido? ¹⁴Yo le dije: Señor, tú lo sabes. Y él me dijo: Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero. ¹⁵Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. ¹⁶Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; ¹⁷porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos.

Cuando Jesús apareció a los discípulos después de su resurrección les dijo: “¿No era necesario que el Cristo padeciera estas cosas, y que entrara en su gloria?” Esos discípulos a los cuales hablaba no entendían esa necesidad. Se habían ofendido al ver la humillación y la degradación del sufrimiento y la muerte de Jesús. Esta ofensa les cegó por completo en cuanto al glorioso resultado de ese sufrimiento y muerte. Por eso habían estado caminando, lenta y tristemente, hablando entre sí. Cuando el mismo Jesús les preguntó de qué estaban hablando, le dijeron: “De Jesús nazareno, que fue varón profeta, poderoso en obra y en palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y cómo le entregaron los principales sacerdotes y nuestros gobernantes a sentencia de muerte, y le crucificaron. Pero nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel”. ¡Pero qué diferente la visión que tenemos de Cristo en el Apocalipsis! Allí él está en el mismo trono con Dios Padre, con toda su gloria, recibiendo la adoración de toda la iglesia y todos los ángeles. En verdad había entrado en su gloria.

Pero igual como los discípulos no entendieron cómo Cristo debería alcanzar la gloria, muchas veces nosotros tampoco sabemos evaluar el presente y el futuro de nosotros mismos y de toda la iglesia. En cierto sentido lo que se dice de Cristo es también cierto de nosotros, es decir, que es necesario que nosotros también padezcamos, y después de esto

entrar en la gloria. Nuestro texto contiene un recuerdo de la tribulación y padecimiento que experimenta la iglesia en este mundo, al mismo tiempo que nos muestra la gloria que será nuestra eternamente después de soportar con paciencia la cruz en este mundo. Meditemos esta mañana en el tema, luego, **De la tribulación a la gloria con Jesús**. Veremos la tribulación de la cual saldremos, la gloria en que entraremos, y la alabanza de que es merecedor nuestro Redentor.

En su visión Juan ve a la iglesia redimida en su gloria celestial. Son retratados como los que han obtenido la victoria. Se presentan como una inmensa multitud, tantos que nadie les puede contar. Están vestidos de blanco, y llevan en sus manos las palmas de la victoria.

Pero cuando un anciano pregunta a Juan quiénes conforman esa multitud innumerable vestida de blanco, y él espera que el anciano mismo dé la respuesta, oye que no siempre han estado así. “Estos son los que han salido de la gran tribulación, y han lavado sus ropas, y las han emblanquecido en la sangre del Cordero”. Habla de tribulación, y habla de la necesidad que tenían de la redención en Jesucristo.

Cuando dice que han emblanquecido sus ropas en la sangre del Cordero, implica que sin ese lavamiento nunca podrían haber llegado allí. Eso explica lo que Jesús dijo a los discípulos de Emaús: “Era necesario que el Cristo padeciera estas cosas”. Fue solamente por medio de su gran sufrimiento y muerte en lugar de los pecadores que el pecado humano y la culpa que los condenaba al terrible castigo del infierno pudiera ser quitado. Lo que había dejado perplejos y confundidos a los discípulos fue en realidad lo más necesario para ellos. Sin este lavamiento en la sangre del cordero, sus ropas serían trapos de inmundicia (Is. 64:6). Ningún ser humano tiene derecho de estar en pie ante el trono del Dios santo así como está por naturaleza. “No hay justo, ni aun uno; No hay quien entienda, No hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”. Así Zacarías también presenta una visión en la que Josué, el sumo sacerdote en representación del pueblo se describe como “vestido de vestiduras viles, y estaba delante del ángel. Y habló el ángel, y mandó a los que estaban delante de él, diciendo: Quitadle esas vestiduras viles. Y a él le dijo: Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala”. Isaías también invita al pueblo al arrepentimiento y la fe con la promesa: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana”.

Esto es lo que confiesa esta multitud acerca de sí misma. No presentan ningún reclamo ni ningún mérito suyo por gozar de esa gloria celestial.

Más bien confiesan: “La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero”. Su salvación ha sido total y exclusivamente la obra de Dios y del Cordero. El mérito pertenece a él, no a ellos mismos. “No a nosotros, oh Jehová, no a nosotros, Sino a tu nombre da gloria, Por tu misericordia, por tu verdad”, cantó el salmista, y esto bien podría haber sido el cántico de estos redimidos en el cielo también. Si no fuera por la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo, jamás habrían entrado en esta gloriosa escena.

Pero el anciano también menciona la gran tribulación de la cual escapó esta multitud. ¿De qué hablaba? Habla de la situación normal de los cristianos mientras están en este mundo. “El siervo no es mayor que su señor. Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán; si han guardado mi palabra, también guardarán la vuestra. Mas todo esto os harán por causa de mi nombre, porque no conocen al que me ha enviado”. Esto lo experimentaban Juan y la iglesia a la cual escribía. Juan había sido desterrado, la iglesia estaba amenazada con el sufrimiento y el martirio. También la iglesia sufriría por causa de su Señor y por causa de su confesión de fe en el evangelio del perdón.

Ningún cristiano escapa completamente de este sufrimiento. “Es necesario que a través de muchas tribulaciones entremos en el reino de Dios”, dijo Pablo a los cristianos en Asia Menor. Y Pedro escribe a las congregaciones cristianas esparcidas en varias provincias: “Amados, no os sorprendáis del fuego de prueba que os ha sobrevenido, como si alguna cosa extraña os aconteciese, sino gozaos por cuanto sois participantes de los padecimientos de Cristo, para que también en la revelación de su gloria os gocéis con gran alegría”. Los cristianos que sufrían esas terribles pruebas por causa de Cristo no debían desesperarse. Debían saber que la tribulación a la cual estaban sujetas en esta vida daría paso a la gloria que Juan les retrata aquí. Primero el sufrimiento, después la gloria. Lo que formó el modelo de la vida de su Salvador sería el modelo de sus vidas también.

Cuando llega sufrimiento a causa de Cristo, cuando hay burlas y presiones por nuestra fidelidad a Cristo, nosotros también fácilmente nos quedamos perplejos. Pensamos que si ya hemos llegado a ser hijos de Dios por la fe en Cristo, los problemas y las aflicciones de esta vida deben terminar. Es cierto que ya tenemos la victoria por nuestro Señor resucitado, pero con frecuencia tendemos a olvidar que aquí es necesario andar por fe, no por vista. Queremos ver y sentir la victoria ahora, y no tener que esperar a que esta vida termine. Quisiéramos ver el triunfo de la verdadera iglesia en esta vida. Pero lo que vemos es un rebaño pequeño, afligido, que parece en constante peligro de desintegrarse. Pero también en nuestro caso, como en el del Redentor al cual hemos sido unidos, es necesario primero que padezcamos estas cosas en la providencia de Dios para ejercitar nuestra fe y controlar nuestra carne pecaminosa, y para que

finalmente, confiando en Cristo, lleguemos a participar en esta gran multitud innumerable que Juan nos permite ver en la gloria celestial.

Cristo después de su padecimiento entró en su gloria, y para los que por fe han estado unidos con él, esto es lo que será el fin también de ellos. “Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos. Ya no tendrán hambre ni sed, y el sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno; porque el Cordero que está en medio del trono los pastoreará, y los guiará a fuentes de aguas de vida; y Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”.

Juan nos presenta una imagen de personas que viven ya en la perfecta tranquilidad, sin nada que los pueda ya amenazar ni molestar, porque Dios mismo será su protector: “extenderá su tabernáculo sobre ellos”. Son personas en las cuales todos los efectos del pecado han desaparecido. Ya no habrá hambre ni sed. Ya no les hará falta ninguna cosa. El caliente sol oriental del desierto ya no podrá incomodarlos. “El sol no caerá más sobre ellos, ni calor alguno”. El Buen Pastor estará con ellos para siempre para guiarles y darles todo lo que necesitan. Conforme a su promesa, nadie les pudo quitar de sus manos, y ahora les guía para siempre “a fuentes de aguas de vida”, de modo que vivirán eternamente. Y finalmente: “Dios enjugará toda lágrima de los ojos de ellos”. Si en esta vida hay tribulación, tristeza, lágrimas, tenemos la promesa para el futuro de estar con Cristo para siempre sin ninguna lágrima ni ningún dolor. El mismo Dios que usa la tribulación y el sufrimiento para nuestro bien en este mundo, para que siempre dirijamos de nuevo nuestra atención a sus misericordiosas promesas en Cristo, entonces quitará toda lágrima de nuestros ojos. En verdad es un futuro glorioso el que nos espera.

Seguramente, entonces, este Dios y el Cordero, Jesucristo, son dignos de toda la alabanza de que serán capaces nuestras voces. Cuando alabamos a nuestro Salvador por su gran salvación, los mismos ángeles formarán parte del gran coro con nosotros para poner su amén a nuestra alabanza. “Amén. La bendición y la gloria y la sabiduría y la acción de gracias y la honra y el poder y la fortaleza, sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén”. ¿Cómo no bendecir al que tanto nos ha bendecido? ¿Cómo no glorificar al que nos ha hecho a nosotros, pecadores indignos, participantes de tanta gloria? ¿Cómo no reconocer la sabiduría de aquel que pudo hacer que todas las circunstancias de nuestra vida, aun la cruz y la tribulación, cooperen para alcanzar esta gloria? ¿Cómo no dar las gracias y honra a aquel que tanto nos amó que no nos abandonó ni por un momento en nuestras tribulaciones en esta tierra, y ahora nos cubre con su protección eternamente? ¿Y cómo no reconocer su poder y fortaleza para salvar al ver la multitud sin número que a través

de los siglos va saliendo de la gran tribulación para formar parte de esta gloriosa congregación?

Seguramente nosotros también añadiremos nuestro amén a esta alabanza, y cobraremos ánimo y fuerzas para soportar lo que nos toque todavía de aflicción y tribulación en este mundo. Cuando venga tristeza y dolor aquí por causa de Cristo, no nos desesperemos. Más bien veamos que para nosotros también es necesario que padezcamos estas cosas, pero que después, por la gracia de Cristo, también nosotros entraremos en la gloria. Gracias a Dios. Amén.